

Para —
a D. Loreto

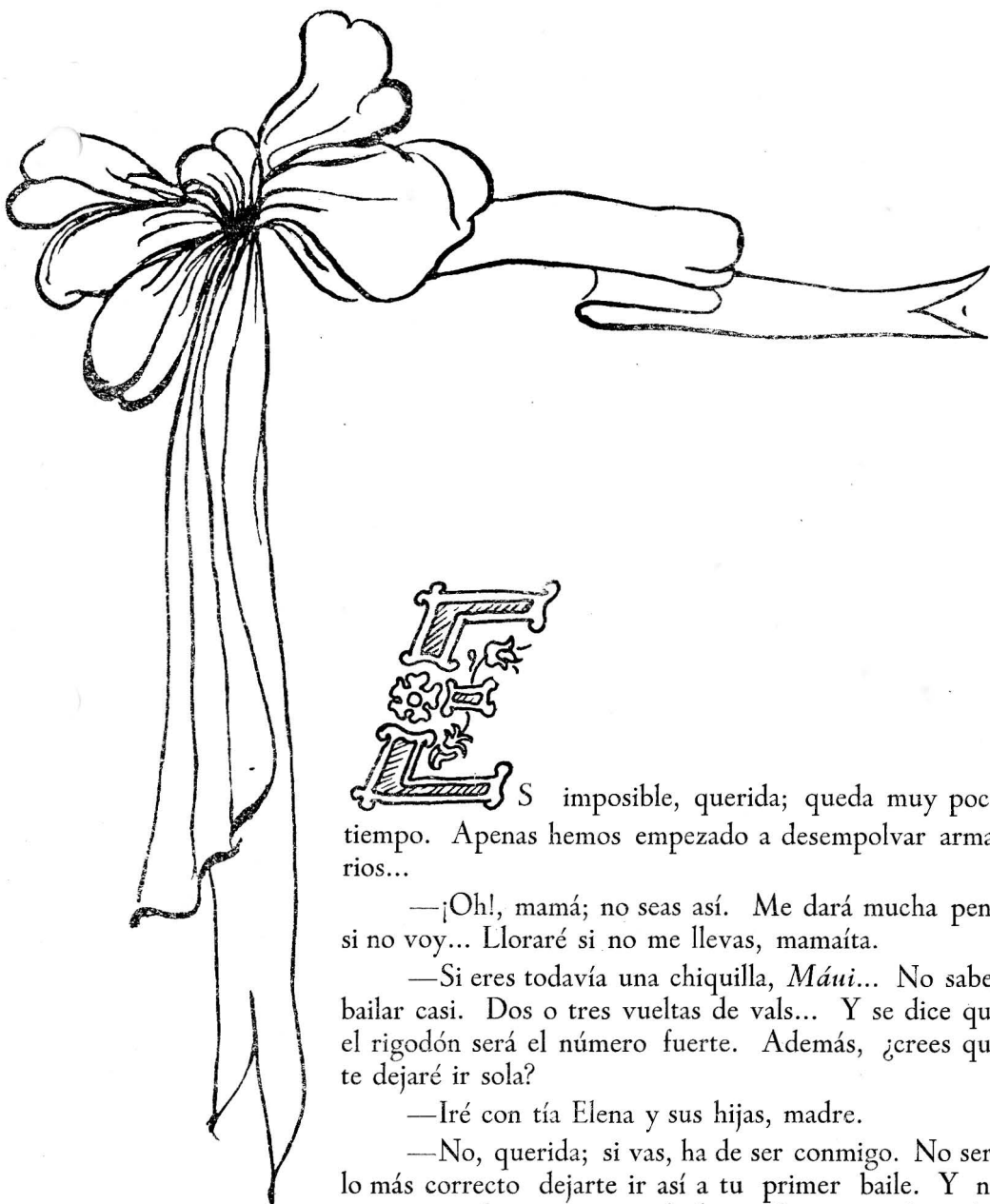
Con el agradecimiento
afetuoso de

los ~~hermanos~~ ~~hermanos~~
L.P. XI-92V

El Sarao y su Recuerdo

1844-1944





S imposible, querida; queda muy poco tiempo. Apenas hemos empezado a desempolvar armarios...

—¡Oh!, mamá; no seas así. Me dará mucha pena si no voy... Lloraré si no me llevas, mamáita.

—Si eres todavía una chiquilla, *Máui*... No sabes bailar casi. Dos o tres vueltas de vals... Y se dice que el rigodón será el número fuerte. Además, ¿crees que te dejaré ir sola?

—Iré con tía Elena y sus hijas, madre.

—No, querida; si vas, ha de ser conmigo. No será lo más correcto dejarte ir así a tu primer baile. Y no quiero que hagas un papel desairado esa noche. Así que ya ves; nada hay preparado, la fiesta será de hoy en seis días y no sabes bailar. Las dificultades son insalvables, hijita, coméndelo.

—¿Insalvables? ¡Vamos, *Mamucha!* Lo del traje, se arregla enseguida. Y en cuanto a bailar... de aquí a tres días lo hago tan bien como cualquiera. Tú me enseñarás los bailes de pareja. El rigodón, esta noche misma comienzo a aprenderlo.

—¡Estás loca, hija mía!; ¿dónde, cómo, con quién vas a aprender el rigodón?

—¿Pero no lo sabes? Pilar e Isabel Bascaran lo enseñan a un grupo de íntimos en casa de Pilar Silvela...

—¡Ah! Ellas vivieron otro momento social, ¡tan distinto!... Entonces había damas que se educaban para embajadoras o... para damas, simplemente. Hoy, eso no existe.

—Ellas son tan comprensivas, tan llenas de finura...

—Debieron bailar en Palacio, y casa de la Squilache. Creo recordar algo.

Lo enseñan a las hijas de Pilar Silvela; Isabel, Luisa, Sonsoles, Oti, María Eugenia... Luisita, sobre todo, es un ensueño. En el grupo de bellezas ella tiene un suave encanto exquisito, perfumado levemente. Inclina la figura con una gracia erecta y vibrátil en el cuello de cisne y en los brazos, llenos de armonía. El rostro, la figura entera son como una estampa más allá de la belleza misma.

—¿Habrá otras parejas, verdad?

—Claro, *mamy*, todas. Todas... menos yo, aprenden a bailar. ¡Cómo tú eres así!...

—¡*Máuil!*...

—Anda, *mamina*; sé buena, *mamuscbka* bonita. Llévame. Te prometo que irá papá y bailaré contigo... un vals. Sí, eso, un vals. Uno que tu cantas, y empieza así:

¡Mimí!...

¡Mimí!...

Graciosa cupletista,

Yo estoy

¡Mimí!

Loquito por tu amor...

Decididamente la dama abre su pecho a una emoción lejana, allá por la época en que el Rey Alfonso, gentil y enamorado, fijó en su talle de flor los ojos llenos de admirativo respeto. Y la aquiescencia comienza a dibujarse en el contorno de los labios finos.

—Dame nombres, *Máui*.

—Pues mira; Constanza de Ponte con su marido, Perico Bravo de Laguna; Luisa Llarena Cologan, con Agustín Manrique de Lara, su esposo; Sonsoles hace pareja con Chano Alvarado; Luisita con Manolo Pulido; Isabel Manrique con su marido, Juan Luis de Bethencourt; Gayetano G. de Aguilar baila con María Luisa de León, y Pinito, su hermana, con Ignacio Camacho y Pérez-Galdós.

—Ya, ya son parejas.

—¡Oh!, pero hay más. De Tafira vienen varios matrimonios jóvenes; Rosarito Bethencourt, con su marido, Fernando Delgado de León; Otilia y Etlvina Manrique con sus esposos, Cayetano Guerra del Río y Diego Mesa Bosch: vienen también Luisa Mesa, Antonio Avellaneda y Humbelina Fuentes con Juan Cambreleng Mesa.

Vendrá también Maruja Manrique de Lara y Astudillo, que es una verdadera belleza, cosa obligatoria en su familia...

—¡Qué pena!, *Máui*; no estará Chanita, su hermana. Me dijeron que preparaba un modelo maravilloso; una estilización del 70... El año pasado, en Sevilla, en el baile de Alba, el embrujo verde de sus ojos y su figura espléndida, cautivaron a todos...

—Tampoco estará otra de las que bailaron esa noche en Las Dueñas: Tiílla Bravo, tan absolutamente *chic* en todo;...ni Juan del Río, su marido... Falta también la Marquesita Rosario de la Florida. ¡Es una pena! Ella, tan bonita y gentil, hubiese sido con Luis, su esposo, ornamento incomparable del Sarao.

Mas, a pesar de todo, la fiesta resultará imponente: lo presiento. Vendrá un grupo de tinerfeños. La Orotava, La Laguna y Santa Cruz nos enviarán representaciones.

—¿Es verdad que viene Carmela García-Escámez?

—Creo que sí; Isabel habló el otro día con María Luisa Llarena y ha dicho que vienen las dos. ¡Carmela está preciosa!

—Sí. Y luego, tan alegre, tan simpática... Dejó aquí muy buen recuerdo su animada gracia andaluza de adolescente, noble y sencilla.

Hace días hubo una reunión. La presidió en forma espontánea *Laina Vereterra*, la esposa de nuestro Gobernador Civil. Ella pone siempre a disposición de todo movimiento social lo mejor de su auténtica modestia de gran dama. Se iba a celebrar en otros sitios, por el luto reciente de la señora de Vega Guerra —Clarita Rosa Sintes—, pero a la postre, su marido, Matías Vega, los reunió en casa, en calidad de Presidente del Gabinete Literario.

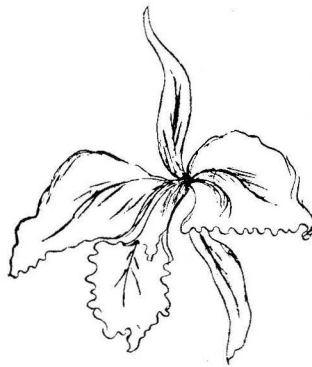
—Lo más indicado, claro.

—Se llevaron figurines; se discutió, se trazaron líneas de lo más difícil y un grupo de chiquillas hizo que, al final, el Sarao quedase en plena marcha.

—¿Chiquillas?

—Bueno: había también señoras. Estaban además de la de Alvarez-Buylla, María Luisa Llarena, María Suárez Fiol —que organiza las cuadrillas—, y Maruja Figueroa de Cullen, siempre tan suave y gentil.

Será algo sin comparaciones; maravilloso... Una de esas fiestas que ponen guedejas de nostálgicos ensueños en los ojos de aquellas personas que tienen la suerte de vivirlas. La otra noche, Don Salvador Manrique de Lara, con su dejo, entre lejano y señorial, hablaba, con su hermano Don Francisco, a un grupo de jóvenes, de cómo eran las fiestas hacia 1900, cuando ellos hacían la vida brillante de la dorada juventud de aquel momento. Las siluetas, respetables, sobre el fresa aguado de los cortinajes y el ritmo sin contornos de una melodía, llegaba a las orejitas sonrosadas de las muchachas y al brioso empaque de sus compañeros, que en el rigodón servían las figuras, como algo vivo y lejano al mismo tiempo, envuelto en el humo inconsistente de tantos recuerdos...



y muertas, de anciana,
lucen los mitones,
todo señorío.
Y las crenchas albas
de su cabellera
suavizan el brillo
de los ojos graves
y todo lo enhiesto
de su poderío.
Es, la Mayorazga.
Es, Doña Prudencia,
que resiste firme
los más duros vientos
y el derrumbamiento
de aquello que amó.
Y tras los ochenta,
que ya transcurrieron,
sostiene orgullosa
el orgullo fiero
de tantas personas
—damas, caballeros—,
que tras ella escuchan
y juzgan, severos,
sus menores gestos.
¡Y el gesto de Dios!...

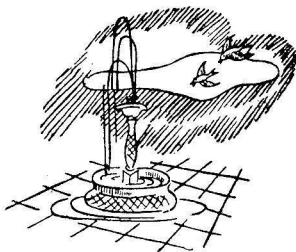
Oíd. Oíd cómo en la gran pajarera el capirote deshace su garganta en filaturas, y cómo el pájaro pinto recoge la melodía y la proyecta, al igual de un balón de rebotantes colorines, en la jaula de las calandrias, que suben y bajan por sus galerías sin más fin que correr; correr y cantar. Y dispara sus gorgeos al mirlo. El mirlo es grave y retiene el son. Parece como si lo fuera tallando con el oro rojizo de su pico. Y lo deja caer, pastoso, al igual de terciopelo de fuegos encendidos, y va a fundirse con el tono apasionado de las vignolias borrachas de calidez, o de las buganvilas

moradas. Al final, los pálidos canarios, finos, gentiles, hacen suya la canción.

En lo alto, bajo el cielo verde de la galería, en sus negras alcándaras, dos enormes papagayos cotorrean. Las palomas zoritas tiemblan voluptuosas en los aleros, enarcando sus gargantas bajo la verde finura del cielo y miran a las frágiles alispas cómo saltan vibradoras desde la concha de la fuente central a las ramas de los embelesos o a la algarabía de los rosales, cuajados de todo olor.

Y las glicinas, malvas y nieve, cayendo a chorros desde un tejado. Las altas palmeras visten sus columnas de heliotropo y madreSelva y mecen las colas allá arriba, entre el perfume humilde de la *Reina Luisa*...

¡Qué maravilloso encanto el encanto dormido de estos patios con perfil de huerto que mi tierra custodia avariciosa! ¡Cómo encierran su tesoro, recatadas, las viejas casas de Canaria! En ellos, una fuente poblada de limo, una *pila*, medio hundida en los rincones... Y las campanas de la Catedral poblando melancólicas los aires con la agonía de un mundo desleído de añoranzas, mientras el sol va deshaciéndose de todos sus rayos igual que las damas de 1900 — nuestras madres —, se despojaban de los agujones largos de sus fantásticos sombreros...



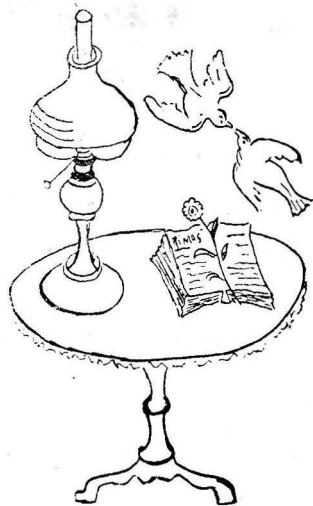
Del viejo salón donde los armarios se alinean, salieron mil fruslerías. Un viejo maniquí revivió el pergeño de una novia de la Casa de Russell. Manto enorme de encajes sobre rasos de ambar. Y aquí también el menudo ramillete de azahares, de muerta cera.

Luego, enormes mantillas de encaje español. Ellas tuvieron marco digno en la belleza de Teodora y Margarita Trejo de Aguilar y Xara. Abanicos riquísimos, venidos de Méjico, donde a su vez llegaron de los puertos del Oriente más exótico. Europeos otros, con toda la gracia dieciochesca que el Segundo Imperio revivió.

Aderezos de gran aparato que ahora vuelven a vivir en la moda. Corales como heridas. Jades, lapislázulis, cristal de roca, topacios... Aparece un inmenso collar de ópalos, lívido, como una maldición. Enormes amatistas, semejando lágrimas, lo crestean, dando a su palidez tono vital. Lo ofrendó un Marqués de Torrehermosa a una frágil damisela de la Casa Westerling. Lo trajo de Lutecia misma, cuando allá coronaron a una española por Emperatriz de Franceses...

De su estuche de seda y palisandro surge una maravilla de gasas albares, con espuma de plata y rocío de perlas menudas sobre el descote pródigo y en la amplitud inmensa de la gran cola señorial. Lo firma, con trazo escueto, Redfern, el genio equilibrado de la más alta costura en el París *fin de siglo*. En esa época, —vaporosa de tules, como sueños y melodías de Toselli y el gemir caliente y desvaído, con vapores de Tokay, de los violines *tziganos*—, lo vistió Hortensia de Figueroa en un baile de gran gala que la Marquesa del Muni dió allá, en nuestra Embajada. Aquella noche, Mercedes Retortillo, la dama sin comparaciones, reunió en su palacio las bellezas primeras, las elegancias más exquisitas del París diplomático y aristócrata... Y el Conde de Pradere, gran experto en belleza y señorío, dijo esto al besar la mano muy Dante Gabriel Rossetti, de Hortensia:

—Venus, señora, está maravillosamente representada esta noche; ya lo veis. Pero vos... ¡vos sois la diadema que la corona!



Así, hasta el final. Todo se conjugó para elevar al nivel más alto la línea del Sarao. De una provincia norteña llegó un bellísimo modelo que se inclinó ante la Reina Isabel durante un Besamanos en Capitanía. Sedas legítimas y legítimos encajes negros. De Barcelona, de Sevilla y de Madrid llegaron otros. Los modistos mejores enviaron croquis, estilizaciones, detalles...

En nuestra ciudad todo el comercio trabajaba afanoso conociendo lo vivo de un ritmo que ya empezaba a añorar. Las mejores casas de modas —Cármén Guedes, Catalina, Juana Gutiérrez, Josefina, etc.—, velaban cada noche. Y los sastres sostenían igual compás. Las damas y caballeros que no podían asistir, contemplaban con melancolía el trabajo incesante. Y es que todos comprendieron, desde el principio, que la gracia alada de la noche presentida no sería jamás reeditada.

Ahora parece un sueño, pero fué así.

Llegó el 29. Abril y San Pedro, Mártir de Verona. En esa fecha, Castilla depositó en su cofre joyelero la perla brillante de la Gran Canaria. Por la cuenta que rinde el Fiscal Zuasnávar en su "Compendio", se cerraban en la fecha 461 años.

Desde el alba se comenzó la instalación. Los mejores cuidados los obtuvo la gran escalinata de honor que para esa noche se alzara. Nada se escatimó. Dos tramos inmensos la formaron. Al centro, un gran rellano ofrecía su descanso. Alfombras cubriéndola en toda su largura. A los costados, macizos de flor roja, cedida espléndidamente por Don Francisco Manrique de Lara y Massieu. A su innato sentido de la decoración quedó encomendado el dirigir y orientar el decorado entero. De trecho en trecho, grandes candelabros con mármoles, y plata y bronce, que a la noche lucirían la gracia oscilante y encendida de sus bujías.

Grupos de palmeras dispuestas con experta finura realzaban los perfiles *Regencia* de la visión, con calidad insuperable.

En el decorado del gran salón colaboró Don Juan Rivero Montañez. Su nombre en lo que vá de siglo, aparece unido a los mejores festejos del Gabinete. Para esa noche acertaron a dar al recinto un aire de pausada, melancólica evocación. Cascadas de flor natural en los altos ventanales: sobre la palidez de los grandes cortinajes isabelinos. Flores en el monumental candelabro del piano, entre el oro de lampazos de un negro esmorecido. Flores en el vestíbulo, en las consolas, ante los grandes espejos. ¡Flores! ¡Flores!

Era como si la misma Primavera hubiese volcado en el ambiente toda su riqueza...

Y en aquella atmósfera impregnada de gracia suprema y suprema distinción, la mujer canaria se sentía exaltada en todo su rango, hasta lo infinito. Jamás su entero potencial de exquisitez y finura revistió aroma tan lleno de encanto irresistible, y, como resultado lógico, todas aparecieron supremamente hermosas. Y las que no lo eran, sentían que las galas daban marco incalculable a lo menos seguro de sus encantos.

Las damas venerables erguían sus cabezas ante el brillo de diademas y la caricia suave de sus manojos de *aigrettes* y paraísos, por ondas de bucles y gracia de cocas. Los bustos, como en la juventud lejana, lucían su apostura mejor, festejados por sonrisas de encajes y mimos de sedas. En los descotes de gran noche, los hilos de perlas, los collares historiados donde viejas gemas empalidecidas por el tiempo decían una vieja historia de romántica finura, sojuzgaban el homenaje de las ringlas incontables, infinitas, de fraques y uniformes, reverenciosos y galantes.

Por la tarde acudieron infinitas señoras que no podían asistir al Sarao —lutos, circunstancias especiales, etc., etc.—. Todas admiraban la gracia monumental y armónica de la gran escalinata. De las primeras en acudir a contemplarla, una dama, cuyo nombre tiene lugar en la historia del Gabinete. Alta, envuelta en la severidad lejana de sus lutos, apoyándose en el brazo del hijo mayor, sus grandes ojos azules se llenaron de lágrimas al descubrirla. Apoyó la cabeza en el hombro del hijo y la voz —un murmullo quedo—, dijo así:

—¡La mía fué mejor!...

Y es que ella evocaba la noche lejana en que recibió a sus invitados allí mismo, junto al esposo ido. Y el recuerdo del que fué y del hijo primogénito, hundidos en una aureola de sacrificio y honor, cruzó por el ambiente entre vaharadas de silencioso respeto.



Era en una deliciosa penumbra. Las calles, llenas. Llenas la alameda frontera y la plazoleta de Cairasco. Los coches avanzaban por entre el gentío con despacio. Desde las diez y media hasta las doce, la gran franja carmesí de la escalera, como un gigantesco *roulant*, arrojaba incansable flores inmensas de gracioso color y de belleza. Y el conjunto más alto de la mejor sociedad canaria.

Todo cuanto tiene un nombre en nuestros medios más selectos, allí estaba. A la pálida luz de los cientos de bujías, las chiquillas eran, en esta su primer gran noche de fiesta señorial, un copo de nerviosa espectación tranquila. Las damas y las muchachas presentadas ascendían seguras y armónicas, viviendo, entre la onda luminosa de los grandes reflectores, el momento crucial de la *soirée*.

En la puerta, los carnets de baile, bellísimos, eran ofrecidos. Allí, en escuadrón volante, la comisión de recibo, articulada por estos nombres de muchachos, severamente dignos en sus conjuntos de máxima etiqueta:

Cayetano G. de Aguilar; Ignacio Camacho y Pérez Galdós; Pedro y Claudio Fuentes Díaz; José Carlos Oramas; Fernando Delgado y Ríus; Pepe Miranda Junco; Manolo del Castillo Cabezas; Antonio Vidal Ribas; José Domínguez Melián; Antonio Suárez Saavedra y Pepe L. Avellaneda Cardoso.

En el rellano principal, la Directiva hacía los honores. Allí, con el Presidente, Matías Vega Guerra, el Vice-Presidente José Ramírez Bethencourt y Manolo Pulido, Presidente de Recreo. Sebastián Alvarado Duarte, Enrique Cuyás Díaz; Arturo Rodrí-

La dama, en negro; al perfil del noventa. Jamás la gracia de lo intachable y eterno tuvo representación mejor; era el arquetipo de la señora canaria, de dulce esencia sencillamente inexpresable, que se sabe dueña de los más altos homenajes en forma explícita, sin interpretaciones; como la gracia.

María del Pino Sintés de Pulido Béthencourt lucía en los cabellos una guirnalda de flores, mientras el amplio albor de la berta de finísimos encajes realzaba su morena belleza. Tenía equivalencia exacta en la visión de una gracia que saliera por unos instantes de un lienzo de Winterhalter o en el efluvio de las fiestas mejores de los tiempos en que fué novia la Infanta Luisa Fernanda.

Con digna apostura, realmente insuperable, he aquí que llega, armoniosa y sencilla, María del Rosario de Béthencourt de Delgado. Bella y señora entre lo áureo de su cabellera, un contracanto de diamantes orlaba la gracia turgente de la garganta y revivía en las orejas con estrelleo señorial de raza antigua.

Mirad cómo ascienden Otilia y Etelvina Manrique de Lara y Astudillo. Todo elogio resulta marchito ante el contorno triunfal de sus siluetas, que traen el recuerdo de aquellas Mancini espléndidas, Reinas, por la Gracia, en una Francia crujiente de lises.

Hermosas igualmente, sin límites de perfección, sus primas, Isabel, Luisa, Sonsoles, Otilia y María Eugenia Manrique de Lara y Silvela. Desde la transparente belleza de Isabel a la ingénua gracia de Oti y *Chichina*, pasando por el encanto de suprema finura de Luisita y el gesto moreno de Sonsoles, todo es en ellas gracia alada y perfume sin explicaciones.

Como lo es otra *debutante* de aquella vieja Casa: Maruja Manrique de Lara y Astudillo. Llegó con el encanto apasionado de una sonrisa de quince años cuajada de amapolas, tras el velado misterio del encaje negro de su abanico. Jamás muchacha alguna poseyó ese halo inexpresable de Maruja Manrique, que sostiene en su figura el peso de toda una tradición familiar de hermosura y señorío.

Con su padre, el letrado prestigioso, Don Rafael Cabrera Suárez, llega, entre vivo resplandor, ese prodigio de gracia ingénua y recatada que es su hija, Adela Cabrera Hidalgo. Una inmensa falda, de gruesa falla celeste con ráfagas de encaje negro. Grupos de rosas pálidas. Una guirnalda de igual flor abandonada sobre la mórbida gracia de un hombro, entre sombras de tul... ¡Eso era

todo!... Y su cautivadora simpatía adolescente. La cabeza, bellamente tratada, era un trasunto de la que Elizabeth de Austria levanta en el lienzo famoso de Winterhalter, del Palacio de Schonbrunn.

Con ella, sus primas, María Dolores y María del Pino Hidalgo de Almeida, susurrantes de polisonos y sedas legítimas.

Elegantísima, en negro —*paillettes* y mostacillas sobre levísimos cendales—, Angeles Vega de Juan, con sus hijas, Ana-Mari, Mari-Luz y María del Rosario. Ana-Mari, esbelta y serena, avalaba lo rubio de su clásica belleza con un severo traje en sedas verdes, de contorno 1900. En la garganta, el embrujo verdemar de unas esmeraldas, correspondía a la gracia del cabello dorado y a la perfección de la tez.

Mari-Luz su hermana, era un montón de inacabable gracia atrayente, envuelta en tonos de azules incipientes con sombras de encajes; y otro derroche de gracia, la menor, María del Rosario, simpática y gentil.

María Belén Pamies de Jorge daba el brazo a su esposo, Don José Jorge García desenvolviendo entre el negror de las sedas y la albura de sus joyas todo el encanto de su innata distinción.

Y he aquí otro copo de bruma graciosa, llena de encanto irresistible: María Teresa Ramos de Paetow, la jóven señora cuya innata gracia le señala lugar de honor en nuestros medios.

María Teresa, en esa noche, fué, sin disputa, una de las bellezas mejor vestidas y más seguramente admiradas. En blanco, frágil y exquisita, el bellísimo modelo que lucía había animado ya la silueta de una de sus abuelas que en nuestro 1890 obtuvo fama de elegancia y distinción insuperables.

Margarita Bautista de Caballero de Rodas revivió el trasunto exacto de la edad en que Carolina Bonaparte era dueña de París. Grandes plumas en la alta cabellera. Inmenso manto de corte surgiendo de la línea perfecta de los hombros. Y un tono de atrayente señorío en las líneas de su contorno, de incapaz superación. A su lado, María del Pilar Fournier, elegantísima, en negro, brochado en tonos iguales, respondía a otra exquisita evocación.

Engracia S. de García-Ibañez, tuvo como siempre todo el mejor encanto de su belleza inmarcesible y de su inteligente bondad que siempre han sido los avales mejores de su magnífica figura. Alta y esbelta se veía realzada por el tono pálido de una joyante seda a listas, en tonos albaricoque que revivía las formas

del Segundo Imperio. Un abanico —riquísimo, auténtica alhaja—, con labra de oro fino temblaba con lejanos destellos, realzando el contorno de la silueta. Con ella, su hermana, María García-Ibañez, en negro, llena de encantadora discreción.

Mientras, entre expectación enorme, se organizaba el Gran Rigodón de Honor.

Las parejas formaron cuadrilla en medio de lo unánime de cientos de miradas. Y estos son sus nombres:

De cabecera, la Excma. Sra. Doña Eulalia Vereterra de Alvarez-Buylla, que tomaba el brazo del Presidente del Casino, Don Matías Vega Guerra. La Excma. Sra. Doña Estrella Alfaro de Pastor, tenía como caballero al Gobernador Civil de la provincia, Excmo. Sr. Don Plácido Alvarez-Buylla y López Villamil. La señorita María del Carmen García-Escámez tuvo pareja en Don Agustín Manrique de Lara y Bravo de Laguna, que ostentaba la representación de la Ciudad; y la señora de Pulido Béthencourt bailaba con el Excmo. Sr. Contralmirante, Don Juan Pastor y Tomasety.

El ala derecha tenía sus elementos en la señora Doña María Luisa Llarena Cologan de Manrique de Lara, bailando con Don Juan Luis de Béthencourt y Massieu. Doña María de los Angeles Vega de Juan, con su esposo, Don Rafael Juan Sintés. El Ilmo. Sr. Delegado del Trabajo, Don Salvador García Alvarado, con su esposa, Doña María Elena Van Isschost; y la señorita María Luisa Manrique de Lara y Silvela que llevaba como contrafigura al señor Presidente de Recreo del Gabinete, Don Manuel Pulido Béthencourt.

Enfrente, sirviendo el *vis a vis*, Doña Isabel Manrique de Lara de Béthencourt Massieu, que bailaba con su primo, Don Pedro Bravo de Laguna y Manrique de Lara. Doña Ana Caballero y Massieu que tenía a su esposo, Don Francisco Suárez Ponce, como pareja. Doña Rosa Caballero y Massieu, que bailaba con el suyo, Don José Ponce y Arias, y Doña Constanza Ponte de Bravo de Laguna que tomó su pareja en el Maestrante de Sevilla, Don Santiago de Ascanio y Montemayor.

Se coronó la figura. Un aplauso cerrado aleteó por el recinto —oro y nácar—, del gran salón de fiestas, que así vibró de nuevo, como en los instantes mejores de su existencia. Un rozar de abanicos y risas quietas vive en las arandelas y en las corolas de

las rosas fatigadas y en los labios jugosos de tanta maravillosa mujer.

Y he aquí, lector, esa adorable *corbeille* de muchachas que ahora se prepara a *contestar*, en el rigodón segundo que casi tiembla, de pura y pálida emoción.

Mira a Luisita Manrique. Un rizo rebelde se engríe y cede al tacto de sus dedos, ahora empalidecidos. Sonsoles, más segura, comprueba el juego de su abanico y... el de sus ojos, rebeldes siempre. Estrella Pastor abre los suyos, vivos, reidores, mientras Rafael Hernández del Castillo se acerca a ella, con el brazo presente. Entretanto, Ethelva Fuentes sujeta nerviosa una flor que no quiere rendirse a su belleza...

¡Tragedias femeninas y tremendas del instante final! Y llega nadando por los aires la nueva melodía. Las muchachas, como flores de quimera, entregan sus figuras al doncel, supremamente galante, que adelanta su brazo con reverencias. Las bellas, graciosas y púdicas, alzan las figuras entre oscilar de joyas y torrentes de encajes. Y se inicia el segundo, alegre rigodón, contestando al grave y autorizado que ahora acabara.

Estos fueron sus lados, lector, lectora: María Eugenia Manrique de Lara baila con su primo, Frasco del Castillo-Olivares. María del Pino de León con Pepe Carlos Oramas. María de los Dolores Padrón Quevedo con Antonio Suárez Saavedra. Estrella Pastor con Rafael Hernández del Castillo. Daniela Perdomo, con su marido, Manolo Padrón Quevedo. María Julia Oramas con Claudio Fuentes Díaz. María Luisa de León baila con Cayetano G. de Aguilar, y María del Pilar Alvarado Duarte con Fernando Delgado y Rius.

Enfrente, Ana-Mari Juan Vega con Pepe Miranda Junco. Rosita Ponce y Caballero, con su marido, Nicolás Chesa y Ponce. Rosario Padrón Quevedo con el suyo, Justo Jorge Aguiar. Teresa Ramos de Paetow y su marido, Augusto Paetow Ramírez. María del Rosario Juan y Julio Suances. Mari-Luz Juan e Ignacio Camacho y Pérez-Galdós. Ethelva Fuentes y Pedro Fuentes Díaz junto a María Dolores de Béthencourt y Massieu, que lleva por pareja a Ignacio Gayeoyo.

Una cabecera la formaban Magdalena Pastor con José Luis Chesa y Ponce. Oti Manrique de Lara con Antonio Vidal Ribas y la frontera la componían María Luisa y Sonsoles Manri-

que de Lara, que tenían parejas en Manolo Pulido Béthencourt y Sebastián Alvarado Duarte.



Mientras tanto, los salones anejos hervían de risas, de entrecocar de copas y murmullo de conversaciones. De luces amortiguadas y luminarias de gemas en descotes radiales. ¡Noche inolvidable y magnífica!

Llegaban las notas de la orquesta, desleídas, como enredadas entre el plumaje de las palmeras y el revolar de cientos de abanicos. Todo era como el centro mismo, vaporoso e irreal de la más vaporosa y ensoñadora quimera.

Pasó, con el sello supremo de toda su distinción inteligente y señora, Isabel Roca de Fiol. Arrastraba un acorde de sedas legítimas en tono marrón, que el enorme miriñaque enarcaba con prestigio. Unos detalles de flor eran como el hálito crestero de aquella sostenida línea de absolutas elegancias.

Angelita Fiol de Izquierdo con su gentil y maravillosa vivencia de auténticos brochados —blanco y cobalto—, jugando

perfectos, con la gracia de las claras turquesas de sus ojos. Lola Fiol de Conde, elegantísima, con aire de regia gracia.

La insistente atracción, dorada y expresiva de Carmelina Fuentes de Jiménez se vió exaltada con un revuelo constante de tafetanes verdes y encajes de vieja plata donde una lluvia de rosas *pom-pón* —¡oh, evocador perfume de la artista famosa que Napoleón III admirara!...— alzaba los momentos de Saint-Cloud y de Compiègne cuando la Marquesa Gallifet triunfaba y triunfaba la gracia morena de la altiva Princesa de Metternich, mientras el Duque de Morny ponía casa a una actriz judía, loca y genial que llamaban Sarah; Sarah Bernhardt...

Ved cómo Cármen Guedes de Ramírez desciende la gran escalinata. Miradla. En esa noche inolvidable, Cármen superó —si eso es posible—, la eterna llama dorada de su belleza española. Iba en negro, con grandes ruches de gasa y polisón de terciopelo sobre lienzos de tafetán brochado en grandes rosas de oro. Un maravilloso abanico impregnaba la figura del encanto, entre romántico y sensual, de aquellos momentos en que una Reina difunta era llevada por cuatro Duques a través de las calles de Madrid, mientras el Rey iba

«...en busca de Mercedes
que ayer tarde la perdí...»

Como deidad de los bosques nórdicos contempla el cronista, por lienzos de cristales, una visión de rostro dulce, perfecto, de bienhechora brisa, coronado por audacísima diadema de flores de *anthurium* naturales. También en *Restauración*, las sedas plata del atavío de María del Carmen Jiménez de Reina se animaban con el grito coral de unos detalles exquisitos que se veían suavizados por la blanca voz, transparente, de sus valiosos encajes, llenos de sumisa emoción.



Arriba, rigodones, valeses, polkas, mazurcas. En los salones de Oriente y en el de Escudos, la alegría cantaba en copas de cristal y en labios apasionados de mujer. En la planta de acceso, la Directiva obsequiaba a las autoridades y a las damas y caballeros que articularon el Gran Rigodón de Honor.

Allí vimos al Dr. Ponce y Arias con su esposa, Rosita Caballero y Massieu, luciendo, su digna belleza reposada junto a su hija Rosita, la graciosa chiquilla de ayer y hoy señora de Chesa Ponce. Más lejos, entre un vuelo de riente alegría y un brillar de espléndidas pupilas, su hermana, Anita Caballero de Suárez Ponce, con su esposo. Más lejos, Margarita Caballero y Massieu oía las palabras sometidas de Rafael Hernández Suárez, y fraguaban así la perfecta visión del futuro.

Bajaba también, luciendo la soberbia estampa de su auténtica hermosura, Ethelva Fuentes. Se envolvía en la cadencia avellana de unas sedas soberbias. Viejas puntillas argentadas daban a su figura todo el prestigio de un conjunto de época. Y, como si un hada alegre y gentil quisiera traernos a nuestro instante la perfumada

gracia del momento, menudas rosas fragantes reían entre sus encajes, y entre la serena belleza de sus camafeos antiguos.

Rosita y Ena Bird exhalaban la fragancia ingrátida de auténticas diosas. Ena, —señora de la Nuez— bellísima, arrastraba sus negros tafetanes mientras el tono del rostro perfecto se prestigiaba con un vuelo de exquisitos encajes. Su hermana, la señora de Inzenga, era como el esbozo animado de una estampa victoriana, cruzando parques umbrosos.

En un conjunto de damas y caballeros, la exquisita gracia transparente de Luisa Acosta de Monzón Grondona dibujaba el trazo lejano de un instante que vibró en la ciudad con eco apasionado y trágico.

—¿El traje?, magnífico, cierto; y tiene historia cuajada de misterio. Perteneció a una antepasada mía, de exquisito temperamento artista. No pudo estrenarlo. El mismo día en que la modista lo enviaba a su casa, ella murió. Fué algo inolvidable por las circunstancias que envolvieron el suceso. Y esa página, a pesar de haber transcurrido tres cuartos de siglo, vive fresca en la memoria...

Alicia, María Fernanda y Dorita López llegaron esa noche más hermosas aún —¿ello es posible?— que de costumbre. La línea ondulante de sus bellezas exóticas obtuvo el elogio unánime de la concurrencia.

También lució su aristocrática figura Inés Peraza de Ayala, de vieja estirpe lagunera. El modelo —un bellísimo y auténtico conjunto de familia—, quedaba prestigiado por lo exquisito de su gracia aérea, insuperable.

Otra belleza de la Ciudad de los Adelantados —perteneciente por su enlace a nuestra mejor sociedad—, era Antoñita Rojas de Mesa, que halló en el satén azul, de época, brochado en plata el marco que precisa su belleza. Con ella, su hermana, Conchita Mesa de Ley Wood, bellísima, en lacre apagado, camafeos soberbios y volar de encajes. La gentilísima señora de Ley Wood revivía en la noche uno de los más famosos retratos de la Duquesa Rosario de Alba. Con ellas, su madre, Paquita Suárez Quesada de Mesa, envuelta, con su elegancia de siempre, en la erguidez serena de negras sedas y encajes negros, donde agonizaba el grito de unas rosas moradas.

Pasaban las figuras, con el pálido girar de las hojas del tiempo. Contemplad esa avalancha de rostros de cielo, de talles de avispa y miradas de brasa o terciopelo que bulle y revuela sin cesar. Desde las siluetas lejanas de las ninfas del Primer Imperio pasando por los instantes españoles en que la reinecita Isabel jugaba a las muñecas bajo los espejuelos vigilantes de la Condesa de Espoz y Mina, y el brillar cegador de las bodas reales y los otros amargos del exilio a Francia, con la primera república —Pí, Castelar, Ruíz Zorrilla, la Duquesa de la Torre con sus fantásticos escándalos...—, y Don Amadeo de Saboya luego, mientras el Padre Coloma rumia sus *Pequeñeces* y viven los personajes que luego falsificará Baroja, hasta llegar a la agonía del siglo, tras la Restauración del Rey Enamorado y la Regencia de la dama excelsa que fué Doña Cristina de Habsburgo...

Toda aquella exquisita teoría de impoderable belleza era como una viva, frufruante lección de historia, cálida, fascinadora...

Y he aquí, lectora, lector amigo, que más de cincuenta años transcurrieron. Tú, conmigo, vas alzar la cabeza en el instante, bajo el cielo mismo que acunó a la Guairesa Abenahoara, la amante enamorada de Doramas, el Gran Titán de la Isla. Y de la dulce Thenesoya. Y de Andamana, aquella que unió la tierra toda en su persona egregia.

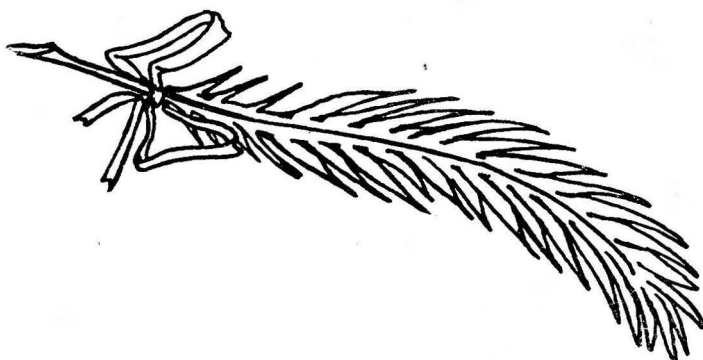


Y, siempre, ¡siempre!, mi Isla:

Isla de la Gran Canaria
tierra donde nació yo,
donde me durmió mi madre
cantándome el arrorró.

Trigo *maúro* en la era
y el mar en la lejanía.
Los pinos por Tamadaba.
Y a la hora de la suelta
en tu talla el agua fría.
¡Y tu voz enamorada
que me cante una folía!...

¡Isla de la Gran Canaria,
tierra donde nació yo,
donde me durmió mi madre
cantándome el arrorró...



—Oye, Kashia, ¿pusiste bien la dirección?
—Sí. Ruta del Aire, 47-W. o 2. Llegará.
—Claro. Dime, por favor; ¿que fecha tenemos?
—Veinte y nueve de abril. Veinte y nueve de abril del año dos mil. Ya ves, hasta en verso me ha salido.

—¿Qué dices, Kashia?

—Lo que oyes, mamá; veinte y nueve de abril, San Pedro Mártir.

—¡Ah! Es que en esta colonia suburbana pierde uno hasta el sentido de las fechas.

—Yo no, madre. Eso tú, que eres una melancólica.

—Tienes razón. Ayer mismo estuve deshaciendo unos paquetes que encontré en el secreter de la abuela *Máui*. Ahí, sobre la *sonovisión* están; unos carnets y un cuaderno.

—¡Oh! Qué extraño. Dos carnets de baile. Se habla de ellos en las novelas de 1900. Y "El Sarao y su Recuerdo."

—Ten cuidado, Kashia. La abuela no permitía que tocásemos su tesoro.

—Es verdad; ella nos lo contaba...

—En esa noche lejana se prometió a padre Thon. El era entonces un fulgurante oficial del Aire y... ya ves... El amor nació entre reverencias de rigodones y vueltas de vals. Luego, el matrimonio; yo y...

—Yo ahora. ¿No querías decir eso?

Sí y... no. Ahora es todo tan diferente... Hoy no sería posible animar aquel maravilloso Sarao que vivió abuela *Máui*.

—No me parece tan difícil. *Toyo* Westerling, anoche, en el Pontón Aéreo de la Loma, hablaba de organizar un baile 1940. Pero me parece demasiado cercana la época.

—Tal vez. ¿Fuiste anoche al Pontón?

—Sí. Llegaba Clara Luisa del Castillo, de Budapest, en el *tetra* Berlín-Buenos Aires. Luego nos fuimos a la pista submarina



Srta. Adela Cabrera Hidalgo.

del *Oya-Oya*. Es delicioso bailar así, en el fondo del mar, entre paredes de cristales mientras pasan y pasan los seres más raros de un mundo donde apenas llega el sol. ¡Delicioso!

¡Quién lo diría! Hace cuarenta, treinta años, hubiese sido peor que una locura. Hoy...

—Hoy, puedes tomar el té en Tánger, comer en Madrid y volver a casa, después de bailar un poco en Lisboa.

—Sí; y llegar en dos horas a Miami, a los concursos de cohetes submarinos.

—Mira; aquí hay unas notas. Forman parte del *Recuerdo*. Escucha:

«Con su finura, tan llena de femenino, inteligente encanto, cruzó Eva Hernández de Hernández Suárez. Había elegido el satén marrón, fileteándolo en oro. *Aigrettes* negros como caricias veladas hacían más esbelta la figura y la animaban con toda su inexpresable sutileza. Y haciendo contracanto a su hermosura, la de su hermana Elisa, rebozada en un rosa desleído de gasas con cintas *liberty*, que estallaban coquetas en el gran polisón, mientras un trazo de terciopelo, exaltaba, con el oscilar de un dije espléndido, la gracia ebúrnea de su garganta.

Carmen Díaz de Fuentes era como una nota sostenida en negros terciopelos, *chiffon*, que hacían más severos el descote de gran gala y el airón de los auténticos *paraísos* entre el parpadeo de sus alhajas mejores. Con ella, su hija Herlinda —señora de Mederos—, transparente y graciosa, con volantes de tul y cintas de terciopelo granate.

Con un grupo de adorables chiquillas, Caridad Pérez-Galdós y de la Torre. Un soberbio prendido de negras plumas coronaba el conjunto que *Carita* vestía y que allá en Santa Cruz de Tenerife, recibiendo a sus invitados en la rigurosa etiqueta de los bailes de Capitanía, lució la generala Pérez-Galdós, su abuela, aquel ejemplo de alto señorío y humilde, cristiana dignidad, que fué Doña Caridad Ciria y Vinent.

Animada de su gracia más fina y gentil, en terciopelo plata, brochado en negro, con gran polisón irisado en coral y peinada con propiedad absoluta María Padrón Guarello. La garganta de la dama se veía presa por el pálido oriente de un collar de perlas, donde temblaba un magnífico prendido de brillantes. Y en un hervir de bucles, los brillantes volvían a rutilar en la gran piocha,

que así vivía las viejas edades en que era prenda de la más sólida y refinada elegancia.

Guayarmina González de Aguilar jugaba el gran abanico de encajes legítimos por el negro de sus sedas y el brillo amortiguado de alhajas de familia.

He aquí una gentilísima debutante: Cloti Rúa-Figueroa. Con la fragancia de un manojito de azucenas, la bella muchacha imparte en el ambiente la gracia recogida y segura de su sencilla distinción.

Y ese otro tesoro de purísima gracia suave, con temblor de adolescencia en las pupilas, que es Isabel Ferrer de Armas, que, ingravida, atraviesa los salones mientras la inmensa falda de brochado verde musgo palpita en su contorno como una larga caricia derramada...

Bellas, distinguidísimas en su serena elegancia de familia, María del Pilar y María del Cármen Alvarado Duarte, acompañadas por ese modelo de damas que es su madre, Joaquina Duarte Guerra, que trae sangre del antiquísimo linaje de Pineda, conquistadores de la Isla, y del otro no menos ilustre de Valdés y Farfán. También allí, Maruja Wiott de Duarte Guerra, vestida con gran distinción, trasminando gracia y simpatía con su risa de clara juventud. Mari-July Oramas era la finísima evocación de una dama de Corte en tiempos del Duque de Osuna. Sedas rosa con verdes flores de encanto, la cubrían llena de finura, con la reproducción de un traje de Luisa Carlota de Orléans.

Magdalena y Engracia Montero —señoras de Marrero y Maciá respectivamente—, cruzaban también, vestidas con gran elegancia y propiedad.

Bellísima, con ese reflejo exótico que tiene su imponderable belleza eslava, Gaby de Reszko de Gómez, en tafetanes negros, muy *Princesa Matilde*. Una teoría de flores naturales cresteaba apasionadamente su cabellera leonada.

La señora de Carrillo —María del Cármen Rumeu— vestía un bellissimo modelo —auténtico, perteneciente a una antepasada suya— en ricas sedas turquesa, que acentuaban, con un nevar de encajes, el tono transparente de su hermosura.

Otra silueta rebosante de distinción era la de María del Cármen de Luna de Alvarado Duarte, mientras más allá la belleza de un rubio obscuro de Pepita Sintés de Bosch —en auténtico *tussor* negro, negras gasas y espléndidas alhajas antiguas—, ponía la dig-

na serenidad de su gracia sobre la luz y el ritmo. Con ella, en aquel instante, Maruja Hernández de Bosch, tan sugerente en su distinción señorial, llena de bondad, mientras ese botón de tornasolada magnolia que es su hija Isabel, reía con la alegre transparencia de su primer baile.

Y Elvira Curbelo, otra muchacha de la mejor sociedad, a quien acompaña el aire de fina elegancia de su madre, María Teresa Navarro de Curbelo.

¡Tantas! ¡Tantas más!...

¡Música! ¡Música!... Alegría ondulante por los aires, henchidos de perfumes y de acordes suaves, como envueltos en un pálido terciopelo ajado. Cadencias de frágiles violines, henchidos de nostalgias...

Luisa León y Castillo de Balanzategui pasa envuelta en el revuelo de un vals. El tostado reflejo de sus sedas antiguas es como una llama de arenas candentes, mientras la escoltan los glaucos reflejos de las esmeraldas magníficas de su aderezo, que perteneció al viejo tronco familiar de los Castillo-Olivares. Del brazo de su esposo, finamente elegante, pasa Conchita Rodríguez de Manchado Cabrera, con su belleza morena y reposada.

Las bujías derriten sus últimas reservas, mientras deshacen las flores sus corolas, con agonía. Las cuatro y media ya; las cinco; las cinco y media... Cronos, implacable, sonríe y va triturando entre sus dedos al tiempo y la vida misma.

Descienden ya las damas, envueltas en sus dominós, en sus capas de sedas y terciopelos; en sus chales de encajes espumosos y ahora como tristes.

Concepción Bosch Hernández de Guerra del Río da el brazo a su esposo, mientras más allá, frente a un espejo, Elvira Padilla de Morales, guapísima y frágil, contempla cómo su belleza ha resistido intacta la noche. Guapísimas también, y distinguidas, Carmen García de Matos y Amelia y Carmen Fernández-Bahamonde de Matos, disponen sus galas para la marcha, que como todos los retornos se tiñe de apagada melancolía.

Ahora desciende, graciosa y llena de juvenil ingravidez, Lolita Figueroa y Verdugo con *Loló* de Orozco y Massieu. Ambas, por su distinción exquisita y el perfume de sus bellezas, han obtenido en la noche admiraciones imborrables.

Los coches arrancan lentos. Cabecitas brunas, bucles de oro y labios como heridas cansadas...

¡Cuántas ilusiones nacidas! ¡Cuántos idilios se robustecieron esa noche! ¡Cuánta esperanza transida y deshecha!...

Las campanas de San Francisco llaman a misa primera y comienzan los gorriones a chirriar, saludando así el iniciado rosa del amanecer. Las altas palmeras desperezan sus brazos caídos, desempolvando, soñolientas, el raso de los altos cielos.

Fué en una hora así cuando cantó el poeta:

«...y acarició mi oído
como nota de música lejana
el eco de un suspiro...»

Y he aquí, lector, lectora, como en un desvanecido ensueño, el recuerdo impreciso del Sarao. Fué en los salones del Casino. Día de San Pedro Mártir, en la noche. El tiempo cerraba en el vivir de aquella Casa los Cien Años Primeros...

Nah.





Estos fueron los asistentes al Sarao.

Excmo. Sr. Capitán General de la Región, Don Francisco García Escámez e Isabel Ramos de García-Escámez.

Srta. María del Carmen García-Escámez y Ramos.

Excmo. Sr. Don Plácido Alvarez-Buylla y López Villamil, Gobernador Civil de Las Palmas y Eulalia Vereterra de Alvarez-Buylla.

Excmo. Sr. Don Juan Pastor y Tomasetty, Contralmirante Comandante General de la Base Naval de Canarias y Estrella Alfaro de Pastor.

Srtas. Estrella y Magdalena Pastor y Alfaro.

Sr. Don Matías Vega Guerra, Presidente del Gabinete Literario de Gran Canaria.

Sr. Don José Ramírez Béthencourt, Vice-Presidente del Gabinete Literario de Gran Canaria.

Sr. Don Manuel Pulido Béthencourt, Presidente de Recreo del Gabinete Literario y María del Pino Sintés de Pulido.

Sr. Don Agustín Manrique de Lara y Bravo de Laguna y María Luisa Llarena y Cologan de Manrique de Lara.

” ” Pedro Bravo de Laguna y Manrique de Lara y Constanza de Ponte y Méndez de Lugo de Bravo de Laguna.

Mr. S. H. Head, Cónsul de Su Majestad Británica en Las Palmas.

Sr. Don Francisco Manrique de Lara y Massieu.

“ “ Manuel Guersi Sánchez y Araceli Fuentes de Guersi.

“ “ Jesús Navarro Mazzotti y Daniela León de Navarro.

Srta. Obdulia Fuentes Díaz.
Sr. Don Antonio Valle y Ramos.
Srta. Fredesvinda León Espino.
“ Margarita Díaz-Saavedra y Lang-Lenton.
Sr. Don Manuel Conde Quinta.
“ “ Jesús García Gatón y Ofelia Fuentes de García Gatón.
Sr. Don José Carlos Oramas Pérez.
Srta. María Julia Oramas Pérez.
Srtas. María del Pilar y María del Carmen Alvarado Duarte.
“ María Luisa Arocena Wood.
Sr. Don Domingo Navarro Martín.
“ “ Antonio Corral Baena.
Srta. Angeles Curiá-Conejo.
Sr. Don Fernando Krahe Herrero.
“ “ Pedro Fuentes Díaz.
Srtas. María Luisa, Sonsoles, María Eugenia y Otilia Manrique de
Lara y Silvela.
Srta. María Manrique de Lara y Astudillo.
Sr. Don Ricardo Balanzategui y Marín y María Luisa de León y
Castillo de Balanzategui.
Srta. Etelvina Fuentes Díaz
Sr Don Rafael Juan Sintés y María de los Angeles Vega de Juan.
Srtas. Ana María, María de la Luz y María del Rosario Juan y
Vega.
Sr. Don José Miranda Junco.
Srtas. María Luisa y María del Pino de León y Suárez.
Sr. Don Emilio de León y Suárez.
Sr. Don Diego Cambreleng Mesa y María Luisa Roca de Cam-
breleng
Sr. Don Antonio Manchado Cabrera y Concepción Rodríguez de
Manchado.
“ “ Santiago Alvarez Vidal y Juana Hidalgo de Alvarez.
“ “ Juan Rivero Montañez.
“ “ Pedro H. Boissier, Cónsul de la República Uruguay.
“ “ Pablo León Santanach y Catalina Espino de León.
“ “ Alberto García Ibañez y Engracia Sastre de García
Ibañez.
Srta. María García Ibañez.
Sr. Don Carlos Luis Monzón Grondona.

Sr. Don José Juan Megías Pérez y Vicenta Martínez de Megías.
“ “ Fernando Rubio de Buitrago
Sra. Doña Juana Morales Sevil de Pérez Aparicio.
Sr. Don Pedro O'Daugherty Sánchez.
Srta. Isabel Ferrer de Armas.
Sr. Don Pedro del Castillo-Olivares y Manrique de Lara.
“ “ Francisco Monzón Grondona y Luisa Acosta de Monzón.
“ “ Rafael Hernández y del Castillo.
“ “ Santiago de Ascanio y Montemayor,
“ “ Juan Luis de Béthencourt Massieu e Isabel Manrique de
Lara de Béthencourt.
Srta. María de los Dolores de Béthencourt y Massieu.
Sr. Don Fernando Delgado de León y María del Rosario de Bé-
thencourt de León.
“ “ José Fiol Pérez e Isabel Roca de Fiol.
“ “ Antonio Suárez Saavedra.
Srta. María de los Dolores Padrón Quevedo.
Sra. Doña María del Rosario Quevedo de Padrón.
“ “ Isabel García Bosch Viuda de Guerrero.
Srtas. María de la Concepción y Elena Guerrero y García.
“ “ Caridad Pérez-Galdós y de la Torre.
“ “ María Candelaria Iglesias Quevedo.
Sr. Don Octavio Iglesias Quevedo.
“ “ Carlos Navarro y Ruiz.
Sra. Doña María Curbelo Grondona de Verdugo-Albiturria.
Srta. Elvira Verdugo-Albiturria y Curbelo.
“ “ María de los Dolores Suárez, Vda. de Ramírez.
Sra. Doña María de la Concepción Ramírez de Paetow.
Srta. Margarita Caballero y Massieu.
Sr. Don Rafael Hernández Suárez.
Srta. Adela Cabrera Hidalgo.
Sr. Don Rafael Cabrera Suárez.
“ “ Juan Baudens.
“ “ Ignacio Camacho y Pérez-Galdós.
“ “ Francisco Reina Acosta y María del Carmen Jiménez de
Reina.
Srta. María del Carmen Acosta Navarro.
Srtas. Agustina y María Belén González Rodríguez.
Sr. Don Carlos Navarro y Navarro.

- Sr. Don Cristino Hernández Prieto y María Díaz de Prieto.
“ “ Gonzalo Sastre Molina y Otilia Cabrera de Sastre.
“ “ José Duarte Guerra y María Wiot de Duarte.
“ “ Jerónimo del Río Amor y Susana Jiménez de del Río.
“ “ Alfonso Morales y Manrique de Lara y Elvira Padilla de Morales.
“ “ Luis Mesa López.
“ “ Juan Cambreleng Mesa y Humbelina Fuentes de Cambreleng.
“ “ Fernando Delgado y Ríus.
“ “ Cayetano Guerra de Aguilar.
“ “ Sebastián Alvarado Duarte.
“ “ Manuel Alvarado Duarte y María del Carmen de Luna de Alvarado.
“ “ Antonio Vidal Ribas.
“ “ Juan García Pérez y María del Rosario Béthencourt de García.
“ “ José Bosch Millares y María Josefa Sintes de Bosch.
“ “ Agustín Peano Formica y María Naranjo de Peano.
“ “ Matías Matos del Toro y señora.
“ “ Augusto Paetow Ramírez y María Teresa Ramos de Paetow.
“ “ José L. Avellaneda y Cardoso.
“ “ Clotilde Rúa-Figueroa y Rodríguez
“ “ Carlos Paetow Ramírez y Alicia López de Paetow.
- Srtas. María Fernanda y Dora López Perdomo.
Sr. Don Nicolás Martinón Benítez.
Srta. María del Pilar Madera y Escuder.
” María del Pilar Fournier y Díaz-Saavedra.
” María de los Dolores Massieu y Orozco.
- Sr. Don Guillermo O’Shanahan y Bravo de Laguna.
” “ José Ponce y Arias y Rosa Caballero de Ponce.
” “ Nicolás Chessa y Ponce y Rosa Ponce de Chessa.
- Srta. Otilia Ponce y Caballero.
Sr. Don Jesús Ferrer Jimeno y María García de Ferrer.
” “ Enrique Ley Wood y María del Carmen Bello de Ley.
” “ Alfonso Alonso y Siliuto.
” “ Tomás Gómez Arroyo.
” “ Cástor Benítez Gómez.

Sr. Don Claudio Fuentes Díaz.
“ “ Luis Sanchíz Roque.
“ “ Luis Benítez Inglott.
Srta. Inés Peraza de Ayala y Rodrigo de Vallabriga.
Sr. Don Francisco Hernández Naranjo.
Srta. María Ramírez Jiménez.
Sr. Don Juan Gómez Bosch.
“ “ Antonio Rodríguez Ferrera.
“ “ Miguel Curbelo Grondona.
Srta. Micaela Paradas Corbacho.
Sr. Don José María Machado y Brier.
” “ José Oramas Castro y María de la Concepción Pérez de Oramas.
” “ Juan Padrón Quevedo y Josefina López de Padrón.
Srta. Alicia Hernández Guerra.
Sr. Don Antonio Mederos Navarro y Herlinda Fuentes de Mederos.
” “ Plácido Mederos Navarro.
” “ José Ramírez González y Guillermina Fuentes de Ramírez.
” “ Santiago Melián Pérez.
” “ Octavio Ojeda Hernández.
“ “ Orlando Alonso Alvarez.
“ “ Pablo Grazziani Rosa.
Sra. Doña Angustias Moreno de Romero.
Srta. América Romero Moreno.
“ María Angélica Quintana.
Sr. Don José Jorge García y María Belén Pamies de Jorge.
“ “ Emilio Fernández-Piñeiro Maseda.
“ “ Domingo Suárez Valido y María Esther Márquez de Suárez Valido.
Srta. María Victoria Lacave Guedes.
Mr. Harry C. Jordan.
Srta. Rita Suárez Valido.
Sr. Don Pedro Suárez Cárdenes y Leonor Saavedra de Cárdenes.
“ “ José Barranco Lamas e Isabel Melo de Barranco.
“ “ Manuel Puiggarí y María del Pilar Mirapeix de Puiggarí.
“ “ Diego Vega Sarmiento y Amada Acosta de Vega.
“ “ Juan Roca Bosch.

Srtas. Margarita y María de la Concepción Mesa y Bosch.
 Srta. María del Carmen Martínez Gómez.
 Sr. Don Juliano Bonny y María de los Dolores Miranda de
 Bonny.
 Srtas. Cándida y Josefina Bosch Hernández.
 Sr. Don Luis Pedrero Pérez y Concepción Manchado de Pedrero.
 " " Blas Ramírez Rodríguez y María del Carmen Guedes
 de Ramírez.
 Sr. Don Eduardo Ley Wood y María de la Concepción Mesa
 de Ley.
 " " Luis Mesa Suárez y Antonia Rojas de Mesa.
 Srta. María del Carmen Rojas de Vera.
 Sr. Don Alfonso Caballero de Rodas y Margarita Bautista de
 Caballero de Rodas.
 " " Rafael Izenga y Rosa Bird de Izenga.
 " " Agustín de la Nuez Aguilar y Ena Bird de de la Nuez.
 " " Domingo Alonso Jiménez.
 " " Diego Mesa Bosch y Etelvina Manrique de Lara de
 Mesa.
 " " José Mesa y López y Margarita Gómez de Mesa.
 " " Antonio L. Avellaneda Cardoso y María Luisa Mesa
 de L. Avellaneda.
 " " Francisco Escribano Aguirre y María del Pilar Vázquez-
 Queipo de Escribano.
 " " Pedro González Medina y María Josefa Jorge de Gon-
 zález.
 " " Luis Mena Burgos e Isabel Sintés de Mena.
 " " Manuel del Castillo.
 " " Manuel Matos del Toro.
 " " José Domínguez Melián.
 " " Manuel Padrón Quevedo y Daniela Perdomo de Padrón.
 " " Manuel Sánchez Suárez y Rafaela Ramos de Sánchez.
 " " Eduardo Azofra de Quintana.
 " " Emilio Jiménez de Ugarte y Josefina Hernández de Ji-
 ménez.
 " " Julio Suances.
 " " Ignacio Gaycoya Rato.
 " " Francisco González Ibáñez.
 " " Juan Oliver Amengual.

Srta. María del Pino Saavedra Juan.
Srta. María Luisa Bravo de Laguna y León.
Sr. Don Cástor Gómez Carló.
“ “ Domingo Matos del Toro y señora.
“ “ Luis Martínez Pérez y Francisca Hernández de Martínez.
Srta. Doña Hortensia Díaz de Fuentes.
Sr. Don Ramón Prats Márquez y Emilia Guerra de Prats.
“ “ Luis Pelayo y María de los Angeles Antequera de Pelayo.
“ “ Manuel Paradas Farinós y Delmira Corbacho de Paradas.
Srta. Doña. María Padrón Guarello.
Srta. Guayarmina González de Aguilar.
Srta. Doña María del Pino Valido de Suárez.
Srta. María del Rosario Valido y Reina.
Sr. Don Manuel García Alvarado.
“ “ Julián Villalobos y María de los Dolores Hidalgo de Villalobos.
Srta. María del Pino Hidalgo de Almeida.
Sr. Don Gonzalo Capote.
Srta. Hilda Janáriz y Castro.
Sr. Don José Luis Chessa Ponce.
Srtas. Armanda, Rafaela y María de los Dolores Bento Díaz.
Sr. Don Donato Azpeitia Iglesias.
Srta. María de las Nieves Jiménez Beatty.
Sr. Don Cristóbal Martell Ribacoba.
Srta. Juana Barry Navarro.
Sr. Don Luis Izquierdo y María de los Angeles Fiol de Izquierdo.
“ “ José Hernández de la Coba y Concepción Perdomo de Hernández.
“ “ Rafael Massieu y de la Rocha.
“ “ Cavetano Guerra del Río y Otilia Manrique de Lara de Guerra del Río.

ESTE CUADERNO SE IMPRIMIÓ EN LOS TALLERES
DE
DOMINGO SÁNCHEZ TALAVERA,
EN LAS PALMAS DE GRAN CANARIA, EN JUNIO DE 1944.
TRABAJARON:
ANTONIO GONZÁLEZ PÉREZ Y JUAN FARRAY BORDON.
FOTOS: ESTUDIO MODERNO Y FOTOGRAFADO ARTE
ILUSTRACIONES DE SANTIAGO SANTANA Y «CYBOR»